

LA REDENCIÓN DEL UNIVERSO

La Rédemption de l'Univers, Lumière et vie, 148. (1960), 43-62.

San Pablo al hablar de redención se refiere generalmente al hombre; con todo, su horizonte en ocasiones se alarga hasta el mundo material. En este sentido hay un texto fundamental en la Epístola a los Romanos que conviene tener presente por la importancia que encierra para descubrir la mente del Apóstol sobre el mundo material como objeto de redención. El texto es el siguiente.

Porque entienda que los padecimientos del tiempo presente no guardan proporción con la gloria que se ha de manifestar en orden a nosotros. Pues la expectación ansiosa de la creación está aguardando la revelación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sometida a la vanidad, no de grado sino en atención al que la sometió, con esperanza de que también la creación misma será liberada de la servidumbre de la corrupción, pasando a la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Porque sabemos que la creación entera lanza un gemido universal y anda toda ella con dolores de parto hasta el momento presente. Y no sólo ella, sino también nosotros mismos, gire poseemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, anhelando la adopción filial, el rescate de nuestro cuerpo (Rom 8, 18-23).

Ante estas afirmaciones de la Epístola los Romanos cabe preguntarse si San Pablo no se habrá dejado llevar de la metáfora. ¿Responde todo esto a una concepción dogmática o es más bien fruto de una retórica vital y apasionada?

Para contestar a esta pregunta hay que tener presente que San Pablo no habla de un tema enteramente nuevo, sino de algo que se encontraba ya en la tradición judaica. San Pablo piensa con las categorías del Viejo Testamento.

Aportaciones del Viejo Testamento

Aparece con toda claridad en los escritos del Antiguo Testamento que existe un plan de salvación que nace del amor de Dios para con un pueblo, el pueblo escogido. Esta economía salvadora no se debe a los méritos de los judíos, sino a la misericordia de Dios (Dt 7,8).

La Biblia, además, nos narra una Alianza anterior y más universal. La establece Dios con Noé, y abarca a toda la humanidad re-creada después del cataclismo del diluvio. Más aún, llega a extenderse a la misma naturaleza (Gén 8, 21-22; 9,9-11). El mundo físico después del diluvio vuelve al equilibrio, a la regularidad. Universo recuperado que se abre a los ojos del creyente como un signo del Dios fiel a su promesa de amor: *los cielos proclaman la gloria del Señor*.

Esta visión que integra el universo a la Alianza queda también patente en los documentos y tradiciones extra-bíblicas del pueblo Hebreo. El caso más elocuente es el de las cuatro noches conmemorativas de la Pascua que se encuentra en el Targum. La primera noche era para celebrar el nacimiento del universo, la creación. La segunda, la Alianza caen Abraham y el nacimiento de Isaac heredero de la promesa. En la tercera se celebraba la Pascua propiamente dicha, cuando el ángel del Señor exterminó a los primogénitos de Egipto, y surgió Israel como hijo primogénito de Dios. En la cuarta se

celebraba el Reino futuro la Nueva Humanidad mesiánica. En la base de toda esta maravillosa concepción encontramos al mundo material asociado plenamente al plan general de salvación.

A todo esto añadirá San Pablo una doctrina mucho más trabada, pero que se enraíza plenamente, en la tradición del Pueblo escogido.

La redención del universo, consecuencia de la redención del hombre

Frente a la concepción gnóstica por la que el hombre es liberado de la materia para entrar en un Nuevo Universo, de solo espíritu, San Pablo nos presenta un hombre renovado que arrastra al universo tras de sí. Necesariamente esta concepción tenía que chocar con la mentalidad pagana. Para ésta todo el destino de la vida humana estaba subordinado al universo. En consecuencia era un orgullo desmedido y petulante el hecho de que los cristianos situaran al hombre en el centro del cosmos. Esta acusación la encontramos claramente en Celso; pero se explicita al máximo en los neoplatónicos, y sobre todo en Plotino. Éste critica duramente a los cristianos por considerarse superiores a los demás hombres, hijos de Dios, sobre los que vela la misma Providencia divina y a los que Dios ha sujetado al universo (Contra los Gnósticos 11, 9,9).

A pesar de provocar este escándalo en las mentes paganas, San Pablo lo afirma claramente. Todo el universo está en la espera de la redención, de la liberación del hombre, para quedar también redimido.

San Pablo da un paso más. La redención del universo se le presenta como un corolario de la redención del cuerpo del hombre, cuyo fundamento radica en la resurrección de Cristo.

Desde el principio del capítulo octavo de la Carta a los Romanos el Apóstol declara que por la muerte y resurrección de Cristo se comunica a cada cristiano un principio nuevo: el Espíritu Santo. La acción del Espíritu no se limita al alma sino que trasciende al mismo cuerpo del hombre: éste queda vinculado a todo el universo nuevo, que gime con él esperando la renovación y gloria final.

El Universo, objeto de redención ↑

La situación en que actualmente se encuentra el universo no es definitiva. Si existe un estado futuro del universo humano ha de existir un estado futuro para el universo material. El cuerpo del hombre es parte de este universo material. El triunfo que alcanzará la humanidad rescatada por Cristo se extenderá a toda la naturaleza. El mundo material nos ha dicho San Pablo quedará librado de la vanidad, del servicio de la corrupción, para llegar a participar de la *libertad de la gloria de Hijos de Dios*. Entrará en un nuevo modo de ser, distinto del actual. Gestación que se está realizando hasta llegar a la plenitud total. Estas ideas que se deducen de la Carta a los Romanos, se encuentran en otros escritos del Apóstol. En Colosenses afirma que el Cristo Encarnado es el centro de la creación: *Todo ha sido creado por Él y para Él*. Todo subsiste en Él. Es decir, en Él han sido creadas todas las cosas como en el centro de unidad, que da a cada una su pleno sentido, su valor y en consecuencia su realidad.

En la Carta a los Efesios explícita el designio salvífico de Dios como recapitulación de todas las cosas en Cristo. Ninguna se escapa al influjo vital de Cristo. Cada una lo recibe según el modo de ser que le es propio. En otras palabras: Dios no ha creado nada para la muerte, sino que lo ha creado todo para la *vida*.

Esta doctrina esencialmente escriturística ha sido recogida por la tradición de la Iglesia. Los Padres griegos y los latinos hicieron eco de ella. San Ambrosio ve en la resurrección de Cristo la garantía de la resurrección del hombre y del universo. *En Él resucitó el mundo, en Él resucitó el Cielo, en Él resucitó la tierra. Habrá un Cielo nuevo y una tierra nueva*. Todo el cosmos ha resucitado con Cristo.

Santo Tomás recoge estas ideas en el último párrafo de la Suma contra Gentes al exponer que todas las cosas materiales existen en relación al ser humano. Cuando éste se transfigure arrastrará en su glorificación a toda la naturaleza.

Para Pablo como para el cristianismo, el universo no existe para ser aniquilado sino glorificado. La Revelación no nos dice nada del modo cómo se verificará esta transformación, no nos da ningún dato cosmológico, sino que expone un hecho religioso.

Toda esta doctrina Paulina sugiere que la concepción cristiana de salvación es esencialmente colectiva. Cristo y María son los únicos que se han adelantado en el camino de la resurrección. Para todos los demás hombres la resurrección será colectiva en la Parusía, cuando cielos y tierra se transformen.

La esperanza cristiana es no sólo individual -unirse a Dios después de la muerte-, sino colectiva, resucitar en incorrupción y gloria con todos los fieles al fin de los siglos.

Los esfuerzos y trabajos del Hombre para desentrañar los secretos de la naturaleza y para intentar un mayor dominio sobre ella, adquieren un valor nuevo. El trabajo no es solamente una consecuencia dolorosa del pecado sino que es el medio que abre cauce a la inteligencia y posesión de un universo que participa en sentido secundario -pero pleno- de la Redención y que no está destinado a la muerte eterna.

Esta redención del universo está en función de la redención del cuerpo del hombre. Por lo tanto todo intento que procure dominar y construir el universo al margen o en contra de los intereses salvíficos del hombre, es absurdo y milita en contra de la esencia misma de los destinos que Dios ha dado a nuestra capacidad inteligente.

Toda conquista del Universo que no estuviera ordenada a establecer en el hombre, el reinado de la caridad y no sirviera sino para reforzar en ella tiranía del egoísmo, lejos de preparar la redención del universo cooperaría infaliblemente a su ruina.

El Cristianismo no puede desentenderse de este maravilloso universo creado por Dios para que sea cauce de caridad y de salvación, y que está esperando él mismo una vida nueva cimentada en la resurrección de Aquél que recapitula en Sí a todas las cosas.

Tradujo y condensó: JESÚS RENAÚ